



“Imágenes de los otros en Mesoamérica antes del encuentro”

p. 439-460

*Obras de Miguel León-Portilla.*

*Tomo II. En torno a la historia de Mesoamérica*

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2004

542 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-1809-1 (volumen II, pasta dura)

ISBN 970-32-1808-3 (volumen II, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_leon\\_portilla/434.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/434.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## VIII. IMÁGENES DE LOS OTROS EN MESOAMÉRICA ANTES DEL ENCUENTRO\*

Asomarse al luminoso mar Mediterráneo fue para los hombres del Viejo Mundo oportunidad de contemplar gentes distintas por sus culturas y lenguas y también por sus cuerpos y aun el color de los mismos. La aportación de Carlos García-Gual nos muestra cómo los griegos dejaron abundantes testimonios sobre sus experiencias y reacciones al entrar en contacto con los pueblos de Persia, Mesopotamia, Israel, Fenicia, Egipto y otros lugares del norte de África. Los griegos que habían marchado con Alejandro en sus campañas de conquista, se habían encontrado con los escitas y también con los pueblos de la India. Asimismo los romanos y luego los distintos pueblos de Europa sabían que, más allá, en las tierras de Asia y África, vivían hombres muy distintos de ellos. Los griegos los llamaron “bárbaros” porque eran los no iguales, considerados casi siempre como torpes e inferiores.

En el Viejo Mundo, no sólo los europeos sino muchos de sus diversos habitantes en África y Asia, incluyeron en sus respectivos bagajes de cultura la idea y la experiencia de haberse topado con otros básicamente distintos.

Una experiencia, aún más radical, trajo consigo para los europeos, y desde luego también para los indígenas de América “el encuentro de dos mundos”, es decir, el proceso a través del cual los hombres de los dos hemisferios, aislados a través de milenios, fueron entrando en contacto. De tal experiencia hablan, del lado europeo, innumerables crónicas y relatos, algunos tan desafortunados que provocarían dudas sobre la racionalidad de “esos recién descubiertos”. Otros, en cambio, mucho más penetrantes, debidos en ocasiones a auténticos humanistas que percibieron lo valioso y lo extraordinario en las culturas de los amerindios.

A su vez, del lado indígena, existen otros testimonios, con palabras de asombro y de duda acerca de los barbudos poseedores de tu-

\* Miguel León-Portilla, M. Gutiérrez, G. H., Gossen y J. J. Klor de Alva (eds.), *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, vol. 1, *Imágenes interétnicas*, Madrid, Siglo XXI de España, 1992, p. 35-56.

bos que escupen fuego, esos desconocidos, o por un momento tenidos como Quetzalcóatl y otros dioses que retornan. En el segundo volumen de esta obra me ocupó de los relatos indígenas acerca de profecías y portentos a través de los cuales los mesoamericanos buscaron explicarse bien sea lo que iba a ocurrir o quizá lo que estaba ya sucediendo o aun también lo que se había ya consumado.

Ahora la pesquisa es diferente. El propósito es escudriñar en algunos textos indígenas de la antigua tradición lo que pudo ser una experiencia paralela entre los mesoamericanos antes del encuentro con los europeos. La cuestión que aquí interesa es analizar y valorar lo peculiar en las vivencias de los pueblos de lengua náhuatl de la región central de México, al establecer contacto con sus vecinos mesoamericanos y con otros grupos más alejados, portadores de elementos culturales a veces distintos y hablantes de lenguas para ellos no inteligibles. Ampliando la pesquisa, atenderá ella asimismo a los conceptos y vivencias en relación con otros seres imaginados como portentosos que, de un modo o de otro, son tenidos como extraños en el contexto de la propia cultura.

## 1. LOS NAHUAS Y SU ENTORNO CULTURAL

Se conservan testimonios de la tradición prehispánica, sobre todo debidos a los nahuas, mayas y mixtecas. Los proporcionan los códices o libros indígenas que escaparon a las destrucciones que siguieron a la Conquista, así como textos en las correspondientes lenguas nativas, derivados de la tradición oral, escritos ya con el alfabeto desde tempranas fechas en el siglo XVI. Sobre todo en el caso de los nahuas (mexicas o aztecas, tezcocanos, tlaxcaltecas...), hay un cierto número de testimonios que hablan de diferentes pueblos conocidos por ellos. Varios de esos testimonios integran una sección en la documentación náhuatl recogida por fray Bernardino de Sahagún. Y aunque, es cierto que, específicamente en los textos que describen “al otro”, la expresión de los indígenas nahuas sigue un cierto esquema propuesto por el fraile, es también verdad que, yendo a veces más allá del cuestionario que allí se trasluce, la palabra en náhuatl alude a rasgos que reflejan lo que se pensaba acerca del carácter más íntimo de esos pueblos, unos cercanos y otros habitantes de regiones algo apartados. Es a través de esos rasgos donde —libre de toda influencia extraña— aflora la imagen náhuatl de gentes como los otomíes, huastecos y otros varios pueblos.

Con los otomíes —cuya lengua pertenece no sólo a una familia distinta sino a un tronco del todo apartado— los nahuas habían mantenido contactos generalmente pacíficos a través de los siglos. Los otomíes vivían —y continúan haciéndolo— en regiones periféricas a los grandes centros de población, muchas veces en zonas que pueden tenerse como “de refugio”. La imagen que de ellos prevalecía entre los nahuas incluye tres rasgos principales: son torpes, viven pobremente y son lascivos. He aquí lo que, en función de tales atributos, se decía acerca de los otomíes,

no son capaces, no son hábiles [...] Por esto del que no es capaz se dice: “tú eres un otomí, un otomitazo, un tonto otomí, ¿qué, acaso, no entiendes, eres tal vez un otomí?” Los otomíes también son perezosos, aunque son fuertes. [...] Y repetían que así lo habían dejado dicho sus abuelos: “se hincha lo que se ha cavado en la tierra”; como si dijeran: “alguien mucho come, y tal vez luego pronto pierde lo que tiene. Tú, como otomí, todo lo pierdes.” He aquí otra cosa del ser y la vida de los otomíes: muy jóvenes, varoniles, todavía como niños [...] ya se les buscaban muchachas, y los señores, los que gobiernan, los guiaban...

Y dizque si no tenían diez veces fuerzas el muchacho, cuando gustaba del sexo, lo dejaba (ella), lo abandonaba; y también del mismo modo la mujer, si entonces no se le juntaba jadeante, tal vez ocho, diez veces, cuando se le acercaba su compañero, luego él la dejaba, la abandonaba [...]<sup>1</sup>

La imagen, bastante vívida por cierto, de los otomíes, es, si bien se mira, menos negativa de lo que pudiera suponerse. Por una parte, en ella se representa a ese grupo como integrado por individuos incapaces, tontos y perezoso, tanto que, según se reitera, al torpe entre los pueblos de idioma náhuatl se le pregunta si acaso es él un otomí. Por otra, en cambio, la imagen concede importancia a una gran capacidad sexual atribuida a los otomíes. Curiosamente, los nahuas que, en otros textos, se muestran muy rígidos en materia sexual, no condenan lo que se atribuye a los otomíes, simplemente lo describen. Hay, además, otro elemento no mencionado en este texto pero que aparece en otros y ayuda tal vez a captar la significación de la imagen que, de los otomíes, tenían los nahuas. Posiblemente por el valor que demostraban éstos cuando se veían obligados a participar en un combate al lado de los nahuas de México-Tenochtitlan, llegó a existir un rango en el ejército que ostentaba el título de *otomitl* (otomí).

<sup>1</sup> *Códice Florentino*, manuscritos 218-220, 1979, 1. X, III, f. 130r-v.

Caso diferente es el que presenta la imagen acerca de otro pueblo, los huastecos. Éstos, que habitaban en un territorio al noreste, relativamente apartado del valle central de México, constituyen hasta hoy un grupo mayense, el más septentrional, separado de los otros hablantes de lenguas de la misma familia. A los ojos de los mexicas, que habían dominado a buena parte de los huastecos, éstos aparecen —como los otomíes— en una imagen en cierto modo ambivalente. Son gente que vive en una región muy rica.

Allí, en Cuextla [la tierra de los huastecos] hace mucho calor, hay clima ardiente; allí se produce todo lo que es nuestro sustento, frutas que aquí no se ven [es decir en el valle de México], las que se dicen muy variadas, muy maravillosas, el camote [...] toda clase de algodón y de flores. Se nombra [esa región] tierra de nuestro sustento, tierra florida [...].<sup>2</sup>

Tras describir luego en tono de admiración las muchas joyas y atavíos con que suelen mostrarse en público hombres y mujeres huastecos, se alude a una costumbre que parece disgustar a los mexicas

los hombres huastecos no usan *maxtles* [prenda que cubría los genitales], aunque entre ellos hay gran cantidad de manta de algodón[...].<sup>3</sup>

El testimonio que describe tal desnudez tiene su complemento en un relato incluido en el mismo *Códice Florentino*. Según él, en tiempos antiguos se reunieron gentes de diversos orígenes en un monte llamado Pozonaltépetl, “cerro espumoso”. Allí tuvo lugar la invención de la bebida fermentada y que embriaga, el pulque. Todos gustaron de él. Los de habla náhuatl y otros bebieron cuatro veces; sólo Cuextécatl, el señor de los huastecos, bebió cinco veces y así se embriagó. Hallándose en tal estado, se quitó su *maxtle* —la ya descrita prenda de ropa— y lo arrojó al suelo... De ese modo se originó la costumbre prevalente entre los huastecos. Y además, de la forma como entonces actuó Cuextécatl, embriagándose, tomaron ejemplo —según se refiere— los huastecos,

éstos siempre andan embriagados, como si hubieran consumido hierbas alucinantes.

Y si alguien [entre los nahuas] no se comportaba bien, si andaba como embeodado, se le decían estas palabras: De allí sale, del Cuextécatl. ¿Acaso también has bebido cinco veces? ¿Has bebido cinco veces?<sup>4</sup>

<sup>2</sup> *Op. cit.*, 1979, 1. X, III, f. 135r-v.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, 1979, 1. X, III, f. 135v.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, 1979, 1. X, III, f. 175v.

Una vez más, la imagen del otro, da base a los mexicas para poner en evidencia lo que se tiene como despreciable o malo: el otomí es tonto, “¿eres tú acaso un otomí?”; el huasteco anda embriagado, “eres tú tal vez un huasteco?”.

Formando también parte del entorno cultural de los pueblos nahuas, y en particular de los mexicas, se hallaban los michhuaques o tarascos, en buena parte de lo que hoy es el Estado de Michoacán y regiones aledañas. El caso de estos michhuaques es particularmente interesante. Como los grupos de los que hablan los testimonios antes citados, los michhuaques habían tenido diversos enfrentamientos bélicos con los mexicas. Éstos nunca pudieron someterlos. Por el contrario, en una ocasión los mexicas fueron vencidos por los michhuaques. Tal vez este hecho ayude a comprender mejor la imagen que de ellos llegaron a formarse.

El texto en náhuatl comienza describiendo algunos rasgos del aspecto físico de los michhuaques que seguramente sorprendían a los mexicas. Señala que gustaban de andar con la cabeza rapada, tanto los hombres como las mujeres, aun en el caso de las ancianas. A continuación pondera la abundancia de mantenimientos que había en su tierra. Su indumentaria también es objeto de particular descripción; a diferencia de los pueblos nahuas que se vestían con su capa o *tilma* y con un *mactle* o tapa-sexo, en ocasiones con hermosos bordados, los michhuaques se cubrían con una especie de camisas largas y sin mangas.

Elementos de interés particular en la imagen que tenían los mexicas de sus vecinos, los michhuaques, corroborado por diversas fuentes, era la atribución que se les hacía de haber pertenecido originalmente al linaje de los pueblos nahuas. De acuerdo con esa tradición los michhuaques habían marchado al lado de los pueblos nahuas en su peregrinar desde las llanuras del norte hasta la región central de México. Tan sólo que, al llegar a las inmediaciones del lago de Pátzcuaro, los michhuaques se habían quedado ahí siguiendo la consigna de una diosa que fue más tarde rival, por no decir enemiga declarada, del dios tutelar de los mexicas. Los michhuaques, que para siempre permanecieron en esas tierras y que reconocían la región del lago de Pátzcuaro como su ámbito preferido, no sólo se apartaron de los pueblos nahuas, sino que, por lo que se consideró como un portento divino, cambiaron muchas de sus costumbres e incluso su lengua. Ésta en nada se parecía al náhuatl en que se expresaban los mexicas.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> F. Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicáyotl*, trad. de Adrián León, México, UNAM, 1944, p. 9-10; D. Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, 2 v. ed. de J. F. Ramírez y A. Chavero, México, 1867-1880, II, p. 28-30.

Reflejo de la alta estima, teñida a la vez de rechazo, que experimentaban los mexicas por estos vecinos suyos lo ofrece el siguiente texto incluido en la recopilación de fray Bernardino de Sahagún:

los michhuaques eran en verdad artistas; como los antiguos toltecas, eran expertos en el trabajo de las plumas, diestros carpinteros, talladores de la piedra, artistas de la madera, pintores, buenos artesanos. Las mujeres michhuaques eran expertas tejedoras, conocían muchas artes, hacían muy buenas capas para los hombres y hermosas sandalias. Pero he aquí cuáles eran sus defectos: los hombres no cubrían bien sus vergüenzas, tan sólo las encubrían con sus largas camisas que les llegaban a las rodillas, las que se dicen *xicolli*, que eran como camisas de mujer [...] Las mujeres sólo hacían sus faldas, no tenían camisas, sus faldas no eran grandes [...] sólo les llegaban a las rodillas [...].<sup>6</sup>

Acercarse a éstas y otras imágenes elaboradas por los mexicas respecto de sus vecinos otomíes, huastecos, michhuaques y otros pueblos pone de manifiesto no sólo lo que atribuían de bueno y también de malo a sus vecinos, sino que deja entrever un profundo sentido de autoafirmación. Desde el punto de vista de los nahuas, y en particular de los mexicas, esos vecinos suyos que constituían su más próximo entorno cultural, a pesar de algunos atributos positivos, eran viciosos, perezosos y mal vestidos.

La idea de que “yo” soy el que sabe vivir adecuadamente, comportarse bien y hablar una lengua propia de gente refinada, es perceptible en estos relatos. Esos pueblos vecinos, en cambio, son toscos, no saben obrar como es debido y sus lenguas son en realidad ininteligibles. Sin embargo, esos pueblos vecinos, a pesar de sus diferencias, tenían mucho en común con los nahuas. Sus formas de organización social, religiosas, política y económica guardaban semejanzas. En el fondo, por encima de las diferencias, todos esos pueblos participaban de la misma civilización mesoamericana. Normaban sus acciones de acuerdo con los mismos sistemas calendáricos y, en última instancia, practicaban ritos muy semejantes en honor de sus dioses. En resumen, aunque diferentes, no lo eran radicalmente. Cuando los mexicas y los otros pueblos nahuas entraban en contacto con esos vecinos suyos, tenían una experiencia social ordinaria de alteridad. Otros casos había, más allá de ese entorno cultural, en los que el concepto y la vivencia de la alteridad adquirían tonos mucho más radicalmente diferenciadores.

<sup>6</sup> *Códice Florentino*, 1979, 1. x, III, f. 138r-139v.

## 2. GENTES MUCHO MÁS APARTADAS Y EXTRAÑAS

Esos que vivían más allá del entorno cultural formado por pueblos, en muchos aspectos afines a los mexicas y en general a los nahuas, se hallaban en realidad fuera del ámbito de Mesoamérica. En otras palabras, no pertenecían al contexto de alta cultura que, a través de milenios, se había desarrollado desde el periodo olmeca hasta el siglo XV en el extenso territorio del centro y sur de México y de una parte considerable de América Central. Más allá de las fronteras de Mesoamérica vivían —y hasta la fecha perduran algunos de sus descendientes— grupos de lenguas y formas de vida muy diferentes. En tanto que algunos habían recibido una cierta influencia mesoamericana, otros mantenían formas de existencia características de pueblos seminómadas.

A los ojos de los mexicas se presentaba, tal vez como un caso extremo, el de aquellos que llamaban teo-chichimecas, es decir “los genuinos o verdaderos chichimecas”. Los nahuas, incluyendo a los mismos mexicas, se preciaban en ocasiones de estar emparentados con el linaje de los chichimecas. Pero lo hacían refiriéndose a ancestros suyos que, al establecerse en la región central, se habían vinculado, incluso a través de enlaces matrimoniales, con gentes de antigua estirpe tolteca. Se habían convertido así en herederos de una gran legado debido, en última instancia, al sabio sacerdote Quetzalcóatl.

Los genuinos chichimecas, según lo consigna un texto en lengua náhuatl, eran del todo silvestres, rústicos por no decir salvajes. Por eso los llamaban también zaca-chichimecas, es decir hombres que viven en medio de las yerbas silvestres. Expresamente lo señala la palabra indígena,

*ca iehoantin in hueca nemi, in cuautla, in zacatla, in ixtlahuacan, in texcallan:*  
“Viven lejos, en las sierras, entre las yerbas, en las llanuras, en los lugares pedregosos”.<sup>7</sup>

Tanto en el *Códice Florentino*, portador de los testimonios que Sahagún recogió, de donde procede la cita anterior, como en otros manuscritos, entre ellos la *Historia Tolteca-Chichimeca*, los *Anales de Cuauhtitlán*, los códices *Xólotl*, *Tlotzin* y *Quinatzin*, abundan las referencias acerca de lo que pensaban los nahuas respecto de esos genuinos chichimecas con los que habían tenido diversas formas de contacto. Del mismo *Códice*

<sup>7</sup> *Códice Florentino*, 1979, 1. X, III, f. 120v.

*Florentino* procede la siguiente descripción de aquello que más llamó la atención de los nahuas,

éstos [los teo-chichimecas] en ninguna parte tenían casa, siempre andaban vagueando, por todas partes andaban. Sólo andaban sin rumbo, donde se les hacía de noche, allí quedaban, en una cueva, entre las rocas, allí dormían. Al que era su jefe, si cazaban alguna fiera, quizá un gato montés, los que tal vez lo atrapaba, o tal vez un ocelote o cualquier otro animal, ellos se lo entregaban, sus pieles, su carne. [...] Y este su jefe sólo tenía una compañera, sólo tenía una mujer. Estos chichimecas sólo tenían una compañera, sólo tenían una mujer.[...] Así vivían, apartados unos de otros. [...] Y el señor de los chichimecas se cubría con pieles de gatos monteses, de ocelotes o de otras fieras o tal vez con pieles de ardillas. Sobre su cabeza se ponía una como guirnalda hecha del pellejo de ardillas. Y también los demás, y sus mujeres, todos se cubrían con faldas y camisas hechas de pieles de animales. Llevaban siempre consigo sus arcos y sus flechas. Y también, cuando dormían ponían sus arcos y flechas como cabeceras. He aquí la forma de vida de estos chichimecas: tallaban, eran expertos en tallar los pedernales, la obsidiana, las que convertían en las puntas de sus flechas. [...] Conocían muy bien las yerbas, las raíces que encontraban, sus propiedades. Y conocían también al que se llamaba *peyote*, lo tomaban y lo comían, y también al hongo que se llama *nanácatl*. Se reunían así, trastornados. Se juntaban y allí bailaban cantaban toda la noche, todo el día. Y al día siguiente de nuevo se reunían, lloraban, mucho lloraban. [...] He aquí lo que era la comida de estos chichimecas: nopales, tunas, las raíces de varias yerbas, los frutos de árboles como el mezquite y los palmitos, miel de varios cactus, miel de abejas silvestres, la carne de conejo, serpiente, venado, tigre y de todos los animales que se mueven. Como eso comían estos chichimecas, nunca enfermaban, llegaban a la vejez, morían viejos. Y si a alguno lo tomaba alguna enfermedad y le duraba tres o cuatro días y no se curaba, luego se reunían los chichimecas y le daban muerte. Le metían una flecha por el cuello. Y a los que eran muy viejos o muy viejas también les daban muerte. Así les daban muerte a los enfermos, porque decían que eran ya muy viejos, porque con eso estaban sufriendo, y para que ya no padecieran en la tierra. Y así los enterraban, con grande regocijo, y hacían fiesta por el muerto dos o tres días, bailaban, cantaban. [...] Cuando la mujer estaba embarazada, muchas veces le echaba agua por la espalda su marido, dizque con esto la bañaba como en un *temazcal* [especie de baño sauna en Mesoamérica]. Y cuando había dado a luz a la criatura, así dos, tres veces, la golpeaba el chichimeca por la espalda, a la ya parida, dizque así acababa de salir la sangre [...].<sup>8</sup>

<sup>8</sup> *Códice Florentino*, 1979, 1. X, III, f. 122r-123v.

Éstas y otras cosas, todas motivo de extrañeza, referían los nahuas a propósito de esos genuinos chichimecas. Acudiendo ahora a otro testimonio de la tradición indígena, encontramos semejanzas en lo que los “civilizados” pensaban acerca de esos bárbaros. La siguiente descripción procede de los *Anales de Cuauhtitlán*:

vinieron a acercarse los chichimecas. Vivían como flechadores, cazadores, no tenían casa, no tenían tierras. Su vestido no eran capas tejidas, solamente pieles de animal eran su vestido y a veces con yerbas también lo hacían. Sus hijos se criaban tan sólo en redecillas, en cajas hechas con ramas de árboles. Los chichimecas comen tunas grandes, grandes cactus, maíz silvestre, tunas agrias. Así era su vida, así se afanaban.<sup>9</sup>

Lejanos y muy diferentes aparecen estos chichimecas genuinos ante los ojos de los nahuas. Son gente que anda sin rumbo, no tienen casa, duermen en cuevas, visten con pieles. Hablan lengua *popoloca*, es decir, bárbara; son muy toscos, se alimentan con frutas silvestres, practican la caza pero no cuecen la carne, sus jefes no tienen más que una mujer. Y en lo que toca a sus ancianos, la forma de quererlos parece muy extraña. En vez de cuidarlos y recoger su sabiduría hasta su último aliento, los matan con una flecha por la garganta, diciendo que así ya no habrán de sufrir. Y tampoco parecen muy cuidadosos con sus mujeres a las que así golpean cuando han dado a luz.

Por otros textos, que luego se aducirán, sabemos que se decía de ellos que no tenían dioses, sino sólo adoraban al sol y a la tierra, y que eran peligrosos hechiceros; en suma, que, viviendo en lugares inhóspitos, pasaban su existencia al modo de animales montaraces.

### 3. EL ENCUENTRO CON UN JEFE CHICHIMECA

Además de estas descripciones en varios manuscritos en náhuatl, se incluyen también en algunos códices representaciones plásticas del aspecto físico, indumentaria y formas de vida de los chichimecas. Ricas fuentes de información para esto son los ya mencionados *Códices Xólotl*, *Plotzín* y *Quinatzin*.

Tratan ellos sobre lo que fue la penetración en el ámbito cultural de Mesoamérica de varios grupos de chichimecas, tal vez desde fines del

<sup>9</sup> *Anales de Cuauhtitlán*, 1945, f. 5, en *Códice Chimalpopoca*, trad. de P. Feliciano Velázquez, México, UNAM.

siglo XII. Su entrada comenzó a producirse cuando se percataron de que la antigua metrópoli de Tula, donde había gobernado Quetzalcóatl, se hallaba abandonada.

El primero de los códices mencionados, el *Xólotl* lleva precisamente el nombre del caudillo que guió a un grupo de chichimecas en su avance hacia el sur. Plásticamente se ve en el códice al caudillo chichimeca, acompañado de un hijo suyo, contemplando, desde la cima de los montes, la superficie del Valle de México en busca de lugares adecuados para establecerse. La zona de los lagos era ciertamente atractiva. Abundaba en ella la pesca y en las montañas cercanas, mucho más que en las llanuras del norte, había venados y conejos sobre los que podían ejercer su habilidad de cazadores los chichimecas. Los vestigios de cultivo y lo que quedaba de los antiguos sistemas de irrigación, todo ello también representado en el *Códice Xólotl*, no interesaba entonces a los chichimecas. Pesca, caza, agua y bosques eran razones más que suficientes para adueñarse de esas tierras que no tenían quien las defendiera. Tan sólo una débil resistencia provendría de los señoríos existentes en el extremo sur del gran valle, donde vivían gentes que mantenían en alto grado la antigua cultura tolteca. A mediados del siglo XIII, varios grupos de chichimecas se fueron estableciendo en distintos lugares. Así, poco a poco, los genuinos chichimecas, antes por completo alejados del ámbito de Mesoamérica, inevitablemente empezaron a entrar en contacto con gentes de lengua náhuatl que vivían en pueblos y ciudades.

Sobre esos contactos proporcionan también información los tres códices mencionados. Aquí me limitaré a recordar un encuentro particularmente significativo entre un jefe chichimeca y un sacerdote de lengua y cultura nahuas, oriundo de Chalco en el sur del valle y cercano a los volcanes que lo circundan. El jefe chichimeca se llamaba Tlotzin, vocablo que significa “gavilán”. Era él descendiente del caudillo Xólotl. El sacerdote de Chalco tenía por nombre Tecpoyo Achcauhtli, palabras que significan “el que es como señor, el que guía”.

En el *Códice Tlotzin*, además de ilustrarse con pinturas y signos jeroglíficos el encuentro de estos dos personajes, se proporciona también una glosa en náhuatl que es elocuente por sí misma. Obviamente el códice y el texto en náhuatl, producto de la tradición indígena, fueron elaborados por quienes participaban en la cultura de los pueblos sedentarios poseedores ya del legado tolteca. La percepción de la alteridad del chichimeca se refleja de muchas formas a lo largo del texto. He aquí la parte principal del mismo,

Plotzin había ido allá a Coatlinchan, iba a cazar. Por allí se le acerca un chalca, de nombre Tecpoyo Achcauhtli. Éste como que tuvo temor cuando vio a Plotzin con su arco y su flecha. Tecpoyo Achcauhtli dijo entonces a Plotzin: ¡oh hijo mío, déjame vivir a tu lado! Plotzin no comprende su lengua porque es chichimeca. Sin embargo, desde ese momento, el chalca acompañó a Plotzin en sus cacerías. Los venados, conejos, serpientes y aves que éste cazaba, Tecpoyo Achcauhtli los llevaba a cuestras. Entonces por primera vez Tecpoyo Achcauhtli se puso a asar lo que había cazado Plotzin. Por primera vez le dio a comer alimentos cocidos, porque antes Plotzin comía crudo lo que había cazado. Tecpoyo Achcauhtli largo tiempo vivió al lado de Plotzin. En una ocasión le dijo, le pidió permiso: ¡Oh hijo mío!, deja que vaya a decirles a tus servidores, los chalcas, los uitlatecas; deja que vaya a referirles cómo he llegado a verte y cómo he vivido a tu lado. Entonces Plotzin comprendió ya un poco la lengua del chalca. Con él envió conejos y serpientes en un huacal. Pero Tecpoyo Achcauhtli regresó al lado de Plotzin. Le dijo: ¡Oh hijo mío, ven a visitar a los chalcas que son tus servidores! Plotzin entonces lo acompañó. Tecpoyo Achcauhtli llevaba la delantera. Los venados y conejos que flechaba Plotzin, los llevaba él a cuestras como la primera vez. Cuando llegó Plotzin, salieron a recibirlo los chalcas. Lo hicieron sentarse, le trajeron presentes. Le dieron tamales, atole. Plotzin no comió los tamales, sólo bebió el atole. Entonces Tecpoyo Achcauhtli habló a los chalcas, les dijo: ¿Acaso no se ha hecho ya Plotzin como un príncipe, como un hijo? En seguida los chalcas se disponen a hacer ceremonias; ellos veneraban así a sus dioses. Plotzin, como era chichimeca, no sabía como eran las ceremonias de los chalcas en honor de sus dioses. Porque los chichimecas sólo se ocupan en buscar venados y conejos, que luego se comen. Ellos sólo tienen por dios al sol, al que llaman padre. Así veneran al sol, cortan la cabeza a las serpientes, a las aves. Hacen agujeros en la tierra, rocían con sangre el pasto. Tienen también por diosa a la tierra, la llaman madre de ellos[...]<sup>10</sup>

El análisis de tan interesante testimonio nos permite poner de relieve los rasgos que más impresionaron al chalca en su percepción tan cercana del antes tan apartado chichimeca. Venía éste, como todos los de su grupo, con su arco y su flecha. Hablar con él resultaba imposible porque no comprendía el náhuatl. Para atraérselo, el sacerdote chalca tuvo que servir al chichimeca. Éste se alimentaba a base de lo que había cazado y todo se lo comía crudo. El sacerdote chalca le en-

<sup>10</sup> *Códice Tlotzin y Quinatzin*, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. México, 1886, época 1, t. III, p. 305-320, 345-368.



señó a preparar alimentos cocidos. Asimismo lo indujo a aprender un poco la lengua náhuatl.

Las creencias del chichimeca, que sólo adoraba al sol y a la tierra con ceremonias muy simples, llamaron también hondamente la atención del chalca. Éste se atrevió al fin a invitar al chichimeca a visitar la ciudad donde él vivía. El chichimeca aceptó. Camino de Chalco continuó cazando venados y conejos y Tecpoyo Achcauhtli volvió a llevarlos a cuestras. Si para los chalcas el encuentro con el chichimeca Tlotzin debió ser causa de temor y admiración, también para éste fue motivo de muchas sorpresas. Dos cosas en particular menciona este testimonio que parecieron extrañas al chichimeca. Una tuvo que ver con la comida y la otra con el culto a los dioses. Tlotzin, seguramente con trabajo, consumió un poco de atole, la bebida preparada a base de maíz. En cambio, rehusó probar los tamales. Al ver luego como los chalcas se disponían a hacer sus ceremonias religiosas, se sintió por completo desorientado; él ignoraba todo acerca de ellas.

El hondo sentimiento de alteridad que experimentaban los pueblos nahuas ya sedentarios y toltequizados ante esos *popolocas*, bárbaros, gente de la flecha y del arco, se diluyó en algunos casos como éste en el que al contacto inicial, siguieron otros más frecuentes. De manera casi espontánea, algunos de esos chichimecas entraron así en un proceso de aculturación. Éste llevaría a acercamientos que incluirían enlaces matrimoniales. Todo ello haría posibles los cambios deseados por quienes se veían forzados a tener por vecinos a esos *popolocas* cuya imagen era la de hombres agresivos que vivían en cuevas, casi como animales.

Obviamente no todos los chichimecas llegaron a entrar en procesos de cambio como el que aquí se ha descrito. El concepto y la vivencia de lo que eran los chichimecas habría de perdurar entre los nahuas hasta el tiempo de la conquista española. Consumada ésta, los nuevos señores de la tierra se enteraron bien pronto de la existencia de los chichimecas. Sus enfrentamientos con ellos fueron innumerables. Identidades radicalmente distintas siguieron siendo las de los chichimecas, los pueblos sedentarios y por supuesto también la de los españoles. La conciencia de esa alteridad frente al tenido como bárbaro tan sólo desapareció cuando los últimos chichimecas dejaron de existir.

#### 4. OTROS, TODAVÍA MÁS APARTADOS, PORTENTOSOS Y ADMIRADOS

El alejamiento no es en el espacio sino en el tiempo. Los toltecas y su sabio sacerdote Quetzalcóatl aparecen en la conciencia de los pueblos

nahuas e incluso de gentes de otras lenguas, como alteridad portentosa y dechado admirable. Todo lo que es creación de los toltecas, el conjunto de sus obras, es decir la *Toltecáyotl* no es sólo bueno sino admirable y portentoso. Así se expresaban en sus cantos e historias los mexicas y otros pueblos nahuas acerca de ese pasado maravilloso en el que todo se realizaba acatando lo que disponía Quetzalcóatl,

En verdad muchos de los toltecas eran pintores, escribían en sus libros, eran escultores, trabajaban la madera y la piedra, edificaban casas y palacios, eran artistas de las plumas, alfareros.[...] En verdad eran sabios los toltecas, sus obras todas eran buenas, todas eran rectas, todas bien planeadas, todas maravillosas.[...] Los toltecas eran muy ricos, eran felices, nunca tenían pobreza ni tristeza. [...] Los toltecas eran experimentados, acostumbraban a dialogar con su propio corazón.

Ellos dieron principio a la cuenta del año, a la cuenta de los días y los destinos.[...] Los toltecas eran sabios, tenían conocimiento experimental de las estrellas que están en el cielo. Les dieron sus nombres, conocían sus influjos. Sabían bien cómo marcha el cielo, cómo da vueltas, esto lo veían en las estrellas.[...] Eran cuidadosos de las cosas divinas, tenían un Dios, lo tenían por único Dios, lo invocaban, le hacían súplicas, su nombre era Quetzalcóatl.[...] El guardián de su Dios, su sacerdote, su nombre era también Quetzalcóatl. Y eran tan respetuosos de las cosas de Dios, que todo lo que les decía el sacerdote Quetzalcóatl lo cumplían, no lo deformaban. Él les decía, les inculcaba: Ese Dios único, Quetzalcóatl es su nombre. Nada exige sino serpientes, sino mariposas, que vosotros debéis ofrecerle, que vosotros debéis sacrificarle. Estos toltecas, según se dice, eran nahuas, no eran popolocas, se llamaban también habitantes antiguos.[...] Eran ricos porque su destreza pronto los hacía hallar riqueza. Por esto se dice ahora acerca de quien pronto descubre riquezas: Es hijo de Quetzalcóatl y Quetzalcóatl es su príncipe, es el de su linaje. Así era el ser y la vida de los toltecas<sup>11</sup>

Para los nahuas de tiempos posteriores, así como había sido portentosa la existencia de Quetzalcóatl con todas sus obras en favor de los toltecas, también la ruina de la antigua metrópoli de Tula y la desaparición del sabio sacerdote se presentaban como misteriosas y henchidas de portentos. Abundantes son los testimonios de la tradición indígena que se refieren a esto. A Tula habían llevado varios hechiceros empeñados en provocar la ruina de Quetzalcóatl. El principal de ellos no era otro que el supremo y arbitrario dios Tezcatlipoca, el Se-

<sup>11</sup> *Códice Matritense de la Real Academia de la Historia*, ed. Facsímil de F. del Paso y Troncoso, Madrid, Hauser y Menet, 1907, ff. 173r-176v.

ñor del espejo humeante. Tezcatlipoca y sus acompañantes pusieron a prueba a Quetzalcóatl. Éste, a pesar de toda su sabiduría, cayó en la tentación. Al contemplar su rostro anciano, lleno ya de arrugas, en el espejo que le puso delante Tezcatlipoca, Quetzalcóatl se sumió en profunda tristeza. El mismo dios Tezcatlipoca lo indujo luego, a modo de consuelo, a probar un licor que debía cambiarlo todo. Quetzalcóatl gustó de la bebida una y otra vez hasta que al fin quedó embriagado. Así se inició la ruina de los toltecas y el abandono de Tula.

Hubo muchos portentos y ocurrieron extraños presagios. Los hechiceros invitaron a los toltecas a participar en una extraña forma de fiesta. Cantaban y bailaban desde que se ponía el sol hasta la media noche. En esa danza todos se daban empellones, muchos caían y se despeñaban luego en un barranco cercano. Poco después Tezcatlipoca ordenó a un vasallo suyo que llamase a todos los habitantes de Tula para que trabajaran en una sementera de flores, en Xochitlan, propiedad de Quetzalcóatl. Los toltecas acudieron y, cuando iban ya a trabajar, Tezcatlipoca con un trozo de madera de punta aguzada al fuego, es decir con una *coa*, instrumento para hacer agujeros donde debían depositarse las semillas, empezó a golpearlos. Dio muerte a no pocos de ellos. De los que escapaban, muchos caían en el camino y se despeñaban. Otros varios portentos realizó Tezcatlipoca. Colocándose en el mercado de Tula, puso en la palma de su mano a un danzante, era tal vez un muchacho diminuto. Allí, en la palma de su mano, bailaba. Los toltecas lo miraron y se impresionaron en extremo. Tezcatlipoca ordenó luego que dieran muerte al pequeño bailarín. Obedeciendo, le tiraron pedradas hasta matarlo. Entonces empezó a oler su cadáver. El aire mismo se volvió irrespirable. Las piedras habían alcanzado asimismo al hechicero. Su cuerpo hedía también de manera insufrible. Los toltecas intentaron arrastrarlo para echarlo fuera de Tula. Entonces se oyó otra voz que daba órdenes a todos los habitantes de la ciudad para que trajeran cuerdas y sacaran al hechicero. Su cadáver era en extremo pesado, no podía ser arrastrado. Los que tiraban de las sogas caían unos sobre otros, se daban empellones y al fin se despeñaban.

Por las noches salían grandes llamaradas de un cerro y se escuchaba una voz que decía, “¡Ay, toltecas, ya se acaba nuestra dicha, ya perecemos, ya está por acabar la *Toltecáyotl*, ya va a cumplirse nuestro adverso destino! ¿Qué será de nosotros, a dónde iremos, a dónde tendremos que ir?”.

Acosado por Tezcatlipoca y los otros hechiceros, Quetzalcóatl abandonó su ciudad y emprendió la huida. Los toltecas sobrevivientes le siguieron por algún tiempo. A medida que continuaba su huida, mu-

chos de los toltecas se fueron dispersando. Algunos quedaron en las orillas de los lagos en el Valle de México y en otros lugares cercanos. Otros marcharon a regiones muy apartadas. La palabra indígena recuerda así lo que entonces ocurrió,

y en tal forma creían los toltecas en su sacerdote Quetzalcóatl, y de tal manera eran obedientes y dados a las cosas de su dios y muy temerosos de él, que todos obedecieron a Quetzalcóatl, todos le creyeron cuando abandonó a Tula. [...] Y tanto confiaban en Quetzalcóatl que se fueron con él, le confiaron sus mujeres, sus hijos, sus enfermos. Se pusieron en pie, se pusieron en movimiento los ancianos, las ancianas, nadie dejó de obedecer, todos se pusieron en movimiento. [...] Enseñada se fue él hacia el interior del mar, hacia la tierra del color rojo, se fue a desaparecer, él nuestro príncipe Quetzalcóatl [...].<sup>12</sup>

##### 5. LA IMAGEN DEL YO COLECTIVO CONCEBIDA EN FUNCIÓN DE LA ALTERIDAD PORTENTOSA

Al elaborar su propia historia, los mexicas mostraron complacencia en repetir que, siendo originalmente un pueblo débil y menesteroso, habían podido transformarse hasta convertirse en la nación más poderosa. Ellos habían sabido cumplir con su destino. Éste les había sido anunciado y otorgado por su dios protector, Huitzipolochtli. Los mexicas repetían en sus relatos que, cumpliendo las órdenes de su dios protector, habían abandonado las llanuras del norte y marchado en busca de una laguna en la que debían encontrar la señal anunciada, el águila erguida sobre un nopal devorando una serpiente. Pero a lo largo de su marcha, así lo refiere su antigua tradición,

al venir, cuando fueron siguiendo su camino, no fueron recibidos en parte alguna. Por todas partes eran reprendidos. Nadie conocía su rostro. Por todas partes les decían: ¿quiénes sois vosotros? ¿De dónde venís? Así, en ninguna parte podían establecerse, se les echaba fuera, se les perseguía.<sup>13</sup>

Confiar en su propia fuerza de voluntad y en el destino que les había asignado su dios, fueron decisivos, al decir de los mismos mexicas, en el logro de su grandeza. Justamente su destino implicaba en-

<sup>12</sup> *Códice Matritense...*, 1908, f. 180r.

<sup>13</sup> *Códice Matritense...*, 1907, f. 196v.

contrar la forma de salir del anonimato, de esa situación en la que nadie conocía su rostro. Otros pueblos, dentro del mismo ámbito cultural de Mesoamérica, habían buscado también el modo de legitimarse a sí mismos. En términos de su concepción cíclica del tiempo, pensaban que era menester que la antigua grandeza volviera a realizarse en ellos. Para eso había que vincularse con lo que había sido la raíz del poder y la grandeza. Extraordinaria grandeza había habido en Tula, cuando reinó allí Quetzalcóatl. Según la tradición, otras grandes Tulas habían existido también mucho antes. Quienes las habían gobernado y habían hecho posible su portentoso florecer, tuvieron también que abandonarlas. Se recordaba que Quetzalcóatl y otros muchos antes que él, vinculados todos a una *Toltecáyotl*, se habían marchado hacia el Oriente pero habían dejado dicho que volverían y entonces todo habría de renacer.

Citaré, a modo de ejemplo, dos casos de pueblos muy distintos entre sí, cuyos gobernantes supremos, para legitimarse, buscaron vincular su propio yo a la alteridad portentosa de Quetzalcóatl y los toltecas. El primero es el del señor de nombre calendárico 4-Viento, Serpiente de Fuego, en la segunda dinastía de Tilantongo en Oaxaca. Con base en la interpretación de los códices mixtecos notó Alfonso Caso a propósito del señor 4-Viento,

emprende éste una serie de visitas, viendo a otros reyes de la Mixteca. [...] va entonces a un sitio que se llama Río del maíz y en ese lugar se encuentra con el rey 4-tigre Antifaz Negro. [...] Éste era señor de un lugar que tiene por glifo el símbolo del *tule* o espadaña por lo que podemos llamarle Tula y, el hecho de que en ese lugar es donde se consagra a los reyes, nos lleva a pensar en la posibilidad de que se trate de la vieja Tula. [...] El señor 4-Tigre agujera la nariz a 4-Viento y lo convierte entonces en *tecuhtli* dándole así la posibilidad de ser rey.<sup>14</sup>

Otro testimonio aún más explícito lo encontramos en el *Popol Vuh*. Se recuerda en él que hubo un momento en que el pueblo quiché no tenía ya poder alguno. Su destino parecía ser sólo servir a otros. En tal coyuntura los señores quichés marcharon al Oriente para ir a recibir, de Nácxit Topiltzin, “la investidura del reino”,

cuando llegaron allá al Oriente, cuando fueron a recibir la investidura del reino, éste era el nombre del señor, rey del Oriente a donde llegaron. Cuando llegaron ante el señor Nácxit, que éste era el nombre del

<sup>14</sup> Alfonso Caso, *Reyes y reinos de la Mixteca*, 2 v., México, UNAM, 1977-1978, I, p. 81-82.

Gran Señor, el Único Juez de todos los reinos, él les dio las insignias del reino y todos sus distintivos.<sup>15</sup>

Nácxit, vocablo nahua que significa “cuatro pies” (tal vez en el sentido de “el que mucho camina”), era uno de los títulos propios de Quetzalcóatl. Era él asimismo Señor del Oriente, porque por ese rumbo desapareció después de su huida de Tula. Portentosamente el señorío de los quichés se legitimó. Sus señores, al recibir la investidura del reino, en función de la alteridad portentosa, tuvieron ya una imagen digna de sí mismos. Entre otras cosas, como lo asienta el mismo *Popol Vuh*, habían recibido allí también las pinturas de Tula —*utzibal Tulam*—, aquello en que ponían sus historias.<sup>16</sup>

Los cakchiqueles, también de estirpe maya, recordaban asimismo que habían marchado a obtener la investidura del mando ante el mismo señor Nácxit,

llegaron ante Méhuac y Nácxit, que era en verdad un gran rey. Entonces los agasajaron y fueron ungidos como Ahau Ahpop, el Señor de la Estera [es decir el Señor del Mando]. Los vistieron, les horadaron la nariz y les dieron sus cargos y las flores llamadas *cimpoal*. [...] Y dirigiéndose a todos, dijo al Señor Nácxit: Os daré a todos el señorío [...].<sup>17</sup>

Nada tiene de extraño, por consiguiente, que los mexicas y los otros pueblos nahuas, para adquirir rostro y legitimarse, buscaran relacionarse estrechamente con la antigua alteridad portentosa. Ello lo obtuvieron por un doble camino. Por una parte se vincularon a través de matrimonios con gentes de Culhuacan, de estirpe tolteca. Más directamente aún lo lograron al elegir como primer soberano suyo al señor Acamapichtli, noble culhuacano también de linaje tolteca.

La persuasión de los mexicas de haber adquirido así rostro, aparece implícita y explícita en numerosos testimonios de la tradición indígena. Los *pipiltin* o nobles, al proclamar una y otra vez que pertenecen a un linaje digno de aprecio, evocan su vinculación con Quetzalcóatl. Una sola muestra aduciré, de las muchas que se incluyen en los *huehuetlahtolli*, testimonios de la Antigua Palabra. Así lo expresó un anciano principal y sabio en el arte de bien hablar, dirigiéndose al supremo

<sup>15</sup> *Popol Vuh, Las antiguas historias del Quiché*, trad. de Adrián Recinos, México, FCE, 1953, p. 218-219.

<sup>16</sup> *Popol Vuh...*, 1953, p. 222.

<sup>17</sup> *Anales de los Cakchiqueles* (Memorial de Sololá), ed. de Adrián Recinos, México, FCE, 1950, p. 67-68

gobernante de los mexicas. El pueblo y muchos dignatarios, personas del estrato de los *pipiltin*, habían escuchado antes lo expresado por el supremo gobernante,

aquí toman, recogen tu reverenciada palabra [la del Supremo Gobernante] los señores nuestros, los que descienden de gente de linaje, los que son cabellera de él, brote de él, los muy estimados, los que son jades, ajorcas, sus hijos, los que son de su aliento, de él, de nuestro príncipe, Topiltzin, del que es de nuestro linaje, Quetzalcóatl, que gracias a él viven, gracias a él han nacido [...].<sup>18</sup>

Siendo como los jades, vida de él, sus hijos, su aliento, los señores mexicas, para siempre ya vinculados al portentoso Quetzalcóatl, tienen ya un rostro, gracias a él viven y, por obra suya, además de haber nacido, ejercen el mando.

#### 6. LA POSTRERA ALTERIDAD QUE SE PERCIBE ANTES DEL ENCUENTRO

Como en el caso de la ruina de Tula, también en México-Tenochtitlan, la nueva Tula de los mexicas, se dice que llegó un día en que empezaron a ocurrir portentos espantables. Se vio una enorme espiga de fuego, que se mostraba como si estuviera goteando, como si estuviera punzando el cielo. Entre el pueblo había alboroto general. Se daban palmadas en los labios, había un grande azoro. Otro día ardió el templo de Huitzilopochtli. De su interior salían lenguas de fuego, grandes llamaradas. El agua de la laguna hirvió. El viento la hizo alborotarse con furia,

y muchas veces, por la noche, se oía a una mujer que lloraba, que iba gritando por la noche, andaba dando gritos y decía: Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos muy lejos. Y a veces decía: ¿Hijitos míos, a dónde os llevaré?

Moctecuhzoma contempló en un espejo, hallado en la mollera de un pájaro, gentes extrañas que venían de prisa, muy estiradas, que se daban empujones. Se hacían la guerra los unos a otros y los traían a cuestras unos como venados. [...] Y muchas veces también aparecían hombres deformes, personas monstruosas, tenían dos cabezas y un solo cuerpo [...].<sup>19</sup>

<sup>18</sup> *Códice Florentino*, 1979, I, VI, II, f. 67v.

<sup>19</sup> *Códice Florentino*, 1979, I, XII, III, f. 1r-3r.

Los portentos en México-Tenochtitlan, como había sucedido en la Tula de Quetzalcóatl, pronunciaron la desgracia. Sólo que ésta por un momento, a pesar de los pronósticos, no llegó a percibirse del todo. Testimonios de la palabra indígena, de orígenes distintos como son los *Anales de Cuauhtitlán*, los *Anales de Tlatelolco*, los textos en náhuatl recogidos por fray Bernardino de Sahagún y otros, refieren lo que llegaron a pensar entonces Moctecuhzoma y algunos de sus sabios. ¿Se aproximaba acaso el momento en que iba a cumplirse el anunciado retorno de Quetzalcóatl? ¿Era todo un sueño, como lo expresó Moctecuhzoma al encontrarse, frente a frente con Hernán Cortés?

Extraña alteridad se le tornaba presente. Hombres a cuestras de animales nunca antes vistos, llegados todos de más allá de las aguas inmensas, poseedores de grandes tubos que escupían fuego y piedras, gente, en fin, de rostros extraños. Para comprender quiénes eran esos que, tal vez en cumplimiento de lo que anunciaban los libros de los destinos, entraban ya con aire de poder y de mando en el corazón de la ciudad, Moctecuhzoma hubo de acudir a lo expresado por los sacerdotes que habían consultado sus libros. Era entonces el año 1-Caña, el de idéntico signo al del Señor de los toltecas, 1-Caña Quetzalcóatl. Se había marchado él por el Oriente y ahora esos otros del Oriente venían.

La alteridad radical de esos desconocidos por el momento pareció comprensible. Se enmarcó en función de otra alteridad, también apartada y remota, pero con la que se estaba ya vinculado, la alteridad de Quetzalcóatl. Fue ésta la postrera percepción de alteridad antes de que el encuentro, con todas sus trágicas consecuencias, disipara para siempre el equívoco. Cuando ello ocurrió, a raíz de la matanza perpetrada en el Templo Mayor de la ciudad, en la fiesta de Tóxcatl, por aquel hombre rubio, Pedro de Alvarado, al que apodaban Tonatiuh, “el sol”, los mexicas y otros pueblos nahua, acudiendo a su repertorio de imágenes de otros, llamaron *popolocas*, bárbaros, a los hombres de Castilla.

Los chichimecas, esos vagabundos que causaban temor, de costumbres extrañas, siempre armados, de lengua ininteligible, recibían también el nombre de *popolocas*. Insostenible ya la imagen de la remota alteridad portentosa de Quetzalcóatl, se encuentra otra, que se tiene por más acertada, la de esos otros antes alejados en el espacio, los bárbaros *popolocas*, chichimecas.

Al modo de un juego de espejos, como aquel que protagonizó el dios Tezcatlipoca al mostrar a Quetzalcóatl su mágico espejo, también ahora en la angustiada conciencia de Moctecuhzoma y de los mexicas las imágenes cambian con rapidez portentosa. Después de haber visto esa grande espiga de fuego, las aguas hirvientes de la laguna encrespa-



da, tras haber contemplado un cometa y escuchado a la diosa madre que llora y se pregunta a dónde tendrá que llevar a su pueblo, en medio de visiones de seres monstruosos con dos cabezas, la alteridad mal comprendida, más que consuelo es origen de renovada angustia.

De esos portentos y profecías me ocupo en forma directa en un trabajo incluido en el segundo volumen de esta obra. Allí hurgo en lo que, no ya para Moctecuhzoma, sino para los sobrevivientes a la Conquista, pudieron significar los dichos portentos y profecías, aun cuando tal vez fueran imaginados y enunciados consumada su derrota. Lo interesante es notar ahora cómo dentro de su pensamiento cíclico, los indígenas sitúan y explican en función de aconteceres portentosos la ruina de “la otra” gran ciudad, la Tula de Quetzalcóatl, y asimismo la de México-Tenochtitlan que es a su vez la Tula de Moctecuhzoma.

La venida de los hombres de Castilla, aunque no fueran ellos Quetzalcóatl y los dioses acompañantes, entra así en la compleja red del pensamiento cíclico mesoamericano. La identidad de los españoles se confunde en un principio, pero al conocerse mejor, se relaciona con la de los *popolocas*. Como tales quedan ya situados en el contexto conceptual de los mexicas.

Ahora bien, esos *popolocas*, hombres de Castilla, que se han impuesto, pronto tendrán a su vez que hacer frente a los genuinos chichimecas, también *popolocas*. Éstos impedirán por un tiempo el avance de los españoles hacia el Norte. Se rebelarán con violencia y por un momento llegarán a poner en entredicho la seguridad del nuevo virreinato. A la postre serán vencidos, aniquilados, suprimidos para siempre.

La alteridad de los toltecas, la alteridad de los chichimecas dejarán de ser percibidas ya, poco a poco, por los descendientes de los mexicas. Irán quedando olvidadas. Nuevas creencias y nuevas realidades se impondrán a ellos.

Otras serán las alteridades que se tornarán visibles, que vendrán a ser vivencia de unos y otros, vencidos y vencedores. Serán ellas las alteridades de los nuevos rostros que aparecen y se forjan a lo largo de los años y de los siglos. Son alteridades cercanas en el espacio, y tanto que a partir de ellas —es decir de las diversas “castas” de la Colonia— se fue forjando, poco a poco, un nuevo rostro mestizo. Ese rostro alcanzará mayoría de edad, él y su propia cultura, afincados sobre todo en las dos principales alteridades que antes se enfrentaron con violencia. En él se subsumen también las antiguas alteridades portentosas y mágicas. Portador de la identidad de la mayor parte de los modernos mexicanos, a sus ojos, los llamados indios y también los es-



pañoles vuelven a presentarse como otras tantas alteridades. Pero ellas no son ya radicalmente distintas sino del género de la experiencia social ordinaria. El mexicano moderno, de un modo o de otro, no ve como del todo extraños a indios y españoles. En realidad, su propio ser guarda relación insuprimible con unos y otros.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS